

desgraciada suerte de la Reina, y pidieron su libertad muchos Monarcas con repetidas é inútiles instancias. El mismo éxito tuvieron los esfuerzos del parlamento de Escocia, de los grandes de este reino y del jóven Monarca, luego que tuvo edad para pensar y sentir. Tambien manifestó Roma su indignacion contra Isabel. El santo Papa Pio V, que hasta entonces la habia tratado con bastante miramiento, fulminó contra ella una bula terrible, cuando vió que se hacia sorda á sus súplicas y á todas las reconvençiones de los Príncipes. Pintaba en ella los destierros, las prisiones, los tormentos y todos los géneros de suplicios y vejaciones egercidas con los obispos, sacerdotes y fieles de todas clases, cuyo delito consistia únicamente en no querer aprobar los atentados de su tiranía é impiedad; y despues pronunciaba el anatéma, con todos los efectos que se atribuían entonces á esta censura.

En un reinado como el de Isabel, era la cosa mas arriesgada notificar esta bula en Inglaterra; pero parece que el mismo peligro infundió aliento al inglés Juan Felton, el cual tuvo la intrepidez de fijarla á la puerta del obispo de Londres, donde estuvo desde la caída de la tarde, hasta las ocho de la mañana, sin que quisiese Felton aprovecharse de este intervalo para ponerse en salvo; y como un amigo suyo le hiciese presente el riesgo á que se esponia: „La muerte padecida por tan buena causa (respondió) es una cosa que no tanto debe temerse como desearse.” No obstante, solo se sospechó que Felton podia tener

alguna noticia de este asunto; pero luego que le preguntaron ¿quién habia fijado la bula? „no quiero (respondió) que continúen vuestras dudas en esta parte: confieso con mucho gusto que he sido yo mismo.” Fue condenado al suplicio de los reos de lesa magestad; y habiéndole dicho que pidiese perdon á la Reina, dió por respuesta que en nada habia faltado á lo que la era debido; se dejó cortar la mano derecha sin mostrar ninguna alteracion en su semblante, y sufrió los demás tormentos con la misma firmeza.

46. Mas motivo tuvo Pio V para alegrarse de los esfuerzos que hizo en aquel mismo tiempo contra los turcos. A pesar de las grandes pérdidas que acababan de experimentar los cristianos, les facilitó el santo Papa con su gran valor, con su talento, con sus donativos abundantes, y sobre todo con la virtud de sus oraciones, la mas memorable victoria que habian conseguido por mar. Selim II, hijo y sucesor muy diferente de Soliman II, el mas hombre de bien de todos los sultanes, luego que vió su imperio sólidamente establecido, quebrantó la paz jurada á los venecianos por su padre y renovada por él mismo (1). Habia resuelto quitarles la isla de Chipre, y para obligarlos á dividir sus fuerzas, envió á la Albania al bajá Achmet con sesenta mil hombres; á Ali-bajá á la isla de Chio con cuarenta galeras, cuyo número aumentó muy en breve el bey de Negroponto; y despues al formidable Mustafá á Chipre con mas de trescientas velas y tropas de tierra proporcionadas. En

(1) Chalcond. t. 2. l. 15.—Thou, l. 49.

toda la estension de esta isla no habia mas que dos plazas de resistencia, Nicosia, situada tierra adentro, y Famagosta, puerto bastante bien fortificado. Habiendo desembarcado los turcos sin ningun obstáculo, fueron á sitiar á Nicosia y la tomaron por asalto, despues de seis á siete semanas de sitio. Pasaron á cuchillo mas de veinte mil personas, sin distincion de sexo ni edad, é hicieron quince mil esclavos, llevándose un botin inestimable.

47. En la campaña siguiente tomaron á Famagosta por capitulacion, porque la suerte de Nicosia intimidó á sus habitantes, cuya indocilidad y la falta de municiones obligaron al valeroso Bragadin, su gobernador, á capitular despues de una larga y gloriosa defensa. Creyó el pueblo consternado que entregándose al vencedor nada tendria que temer; pero solo sirvió esta confianza para acelerar su ruina y hacer su situacion completamente desgraciada. Despues de haber concedido el bárbaro Mustafá todos los artículos de la capitulacion y de haberlos confirmado con juramento, hizo que pasasen á cuchillo la guarnicion con la principal nobleza, cuando iba á salir á su encuentro para rendirle homenaje (1). Por lo que toca al gobernador, despues de haberle obligado á presentar por tres veces la cabeza al verdugo, sin poder intimidarle, mandó que le cortasen la nariz y las orejas y que le tuviesen tendido en tierra: en cuya disposicion le insultó con no menor impiedad que barbarie. „¿Dónde está ahora tu Cristo (le decia)? Si

(1) *Adrian. de bell. Cypr. l. 2.*

es omnipotente ¿por qué no te libra de mis manos?“. Algunos dias despues hizo que le llevasen á las diferentes brechas de los baluartes, estando todavía las heridas vertiendo sangre, y habiéndole puesto al cuello dos cestos llenos de tierra, le obligaban á besar el suelo siempre que pasaba delante del bajá. Hecho esto, le colocaron en lo alto de una antena para que sirviese de espectáculo á los cristianos, los cuales quedaron presos en sus navíos, donde se habian embarcado ya en fe de los juramentos. Por último, á son de trompetas y tambores le llevaron á una plaza pública donde fue desollado vivo, y mostró una constancia que solo podia inspirar la fe aun tratándose de un héroe. No cesó de invocar á Jesucristo, hasta que exhausto de sangre su cuerpo, dió el alma á Dios con el último aliento. En ódio de una confesion tan gloriosa, cometió contra él Mustafá mil ultrages aun despues de su muerte, y luego llenó su piel de paja y la paseó por los puertos de Asia y de Grecia, desde donde fue llevada á Constantinopla con las cabezas de otro Bragadin, de Querini y de Mortinengo, dignos todos tres de estos ultrages honrosos, por su valor militar y por su magnanimidad cristiana.

48. Este ódio rabioso del nombre cristiano escitó en todo el occidente un furor de indignacion, del cual procuró aprovecharse el santo Papa para proporcionar á la cristiandad unas ventajas sólidas. Pero como los Príncipes distantes del medio dia, donde resonaba la tempestad, tenían bastante que hacer en sus propios estados, no juzgaron á propósito reunirse

contra el enemigo comun. El mismo Emperador, á quien tantas veces habian inquietado los otomanos, se negó á entrar en la liga, á pretesto de una tregua concluida pocos años antes con el Gran Señor. Solo el Papa, el Rey de España y la república de Venecia resolvieron de comun acuerdo humillar el orgullo de los infieles, y llevar la guerra al centro de su imperio: y tomaron con tanto empeño esta generosa empresa, alentados principalmente con las exhortaciones del santo Papa y con su profusion en atender á todos los gastos, que aprontaron mas de doscientas galeras, veintiocho navíos de alto bordo, y seis galeotas en que iba la artillería gruesa (\*). D. Juan de Austria, hermano natural del Rey de España, fue nombrado generalísimo de toda la armada, aunque apenas habia cumplido los veinticuatro años (\*\*); pero le dieron

(\*) La mitad de esta grande y gloriosa expedicion fue costeada por nuestro augusto Monarca Felipe II.

(\*\*) Aunque no contaba á la sazón mas de veinticuatro años, eran sin embargo conocidas ya en Europa, y particularmente en España, la prudencia y virtudes cristianas y militares del héroe de Lepanto. D. Juan de Austria, hijo natural del Emperador Carlos V, nació en Ratisbona en 1547, y traído muy niño á España fue educado con todo el esmero y vigilancia (aunque secretamente) que requeria su clase. Se dice, que al tiempo de morir el Emperador, declaró al Rey Felipe, su hijo, el hermano que le quedaba oculto en Villa-García, encomendándole sobremanera que mirase por él. En efecto, pasados dos años ordenó el Rey que le acabasen de educar con los Príncipes Carlos y Alejandro Farnesio; á los cuales aventajaba ciertamente D. Juan en las prendas del ánimo y en la gallardía del cuerpo. Pero esto que parece debía grangearle la voluntad de su augusto hermano, como arrebatava el cariño de cuantos le conocian, fue sin duda el origen de aquellos celos con que siempre se le trató en la corte. Sin

por consejeros á Andrés Doria, antiguo marino de los mas famosos de su siglo, y á Luis de Requesens, cuya prudencia le hizo merecedor de que se le confiase despues el delicado gobierno de la Bélgica. La escuadra de la santa Sede tenia por general á Marco Antonio Colonna designado para mandar en gefe, si llegaba á faltar D. Juan. El noble veneciano Barbarigo mandaba la escuadra de su república. Esta armada se componia de la flor de la nobleza de Italia, y de una parte de la de España, y muchas de estas personas se habian distinguido ya con proezas que escitaban la emulacion de las demás. La escuadra otomana, mandada por Alí-bajá, y aun mas numerosa que la de los cristianos, constaba de doscientas galeras y de setenta entre fragatas y bergantines. Los bárbaros

embargo, conocida su acendrada fidelidad, de la que dió, siendo aun muy jóven, las mas relevantes pruebas, accedió la corte á sus deseos, logrando así el Príncipe entrar en la carrera de las armas, y hacer brillar su incomparable valor. Andaban entonces alterados los moriscos de Granada, no bastando á ponerlos en paz el duque de Mondéjar, sobre haberlos vencido siete veces en los dos años que seguian sus alborotos. Este fue el primer teatro donde manifestó D. Juan de Austria su valor y prudencia. Enviado de general á Granada en 1568, apaciguó á los moriscos, quitándoles los medios de poderse otra vez rebelar con esparcirlos por todas las tierras de Castilla, despues de haberlos derrotado completamente. Mas no era aquí donde el jóven guerrero debia inmortalizar su fama: las aguas de Lepanto, el reino de Tunez, Sicilia, Nápoles y los Países-Bajos, fueron el teatro en que este gran capitán arrebató la admiracion de los mismos héroes, el elogio de los venideros y la alabanza de toda la cristiandad; siendo en los diez años de su gloriosa carrera el mas firme apoyo del trono español, el azote incansable de los infieles y hereges, y el brazo invencible de la Iglesia.

y presumidos otomanos tenían tan buena opinion de sí mismos y tan poca idea del enemigo, que no creían se atreviese ni aun á presentarse delante de ellos.

No tardaron en avistarse las dos armadas á cual mas impacientes por trabar el combate. Se reunieron en el golfo de Corinto, llamado hoy dia de Lepanto, inmediato á Accio, lugar tan memorable por la batalla que habia decidido del imperio del mundo entre Marco Antonio y Augusto (1). Estando las dos armadas en órden de batalla, á distancia de doce millas, mandó D. Juan, antes de acercarse mas, que se tremolase el estandarte que habia recibido del Sumo Pontífice; y precedido de esta insignia sagrada, recorrió las filas en un bergantin para exhortar á las tropas á pelear hasta morir, y á despreciar todos los peligros bajo el estandarte de Jesucristo. Luego que vieron los soldados cristianos la bandera, en que la imágen de un Dios muerto por los hombres resplandecía con el oro y las piedras preciosas, aquella multitud que herizada de hierro solo respiraba amenazas y carnicería, ofreció un nuevo espectáculo, que pudo fijar por algun tiempo las miradas del mismo cielo. Toda la armada, á egemplo de los generales, se postro ante el Dios Salvador, jurando derramar hasta la última gota de sangre por la gloria de su nombre, y pidiéndole encarecidamente que protegiese un valor, cuyo principio y término era su Magestad Divina.

Se habian ofrecido á la muerte como víctimas pacíficas; pero se levantaron como leones sedientos de

(1) *Thou*, l. 50.

sangre, que no conocen mas peligro que el de que se les escape la presa. Dió D. Juan la señal del combate, mandando disparar un cañonazo; y las dos armadas, semejantes á dos tempestades contrarias, se acercaron una á otra con violencia y estruendo espantoso. El viento era favorable á los turcos; pero se mudó al principiarse la accion. Despues de algun tiempo de una calma tan profunda, que apenas creían hallarse en el mar, se levantó un viento que favorecia á los cristianos, y llevaba el humo de su artillería á la escuadra otomana: lo que miraron los guerreros cristianos como el primer fruto de su confianza en el Señor Supremo de los elementos y de la victoria. Sin embargo, se disputó ésta cinco horas seguidas, y al cabo de tres horas comenzó á declararse por el ala izquierda de los cristianos, mandada por el noble veneciano Barbarigo, que echó á pique la galera de Siroch, comandante del ala opuesta de los enemigos. Hizo Siroch la mas obstinada resistencia, y sostuvo el valor de sus tropas, hasta que habiendo quedado hecho pedazos, defendiéndose como una bestia feróz, se apoderó la consternacion de todas sus galeras, y dieron en la costa con tal precipitacion que se estrellaron casi todas. El valiente Barbarigo, que hacia á un mismo tiempo oficios de soldado y de capitan, recibió un flechazo en un ojo, de cuyas resultas murió al dia siguiente. Su sobrino Contarini, que ocupó su lugar, y el noble Querini, perecieron tambien en el seno de la victoria.

Habiendo llegado la noticia de la derrota de

Siroch al centro del ejército cristiano, donde el generalísimo D. Juan hacia frente al general turco, y empezaba ya á conseguir alguna ventaja, se estimularon los españoles al ver que los italianos habian determinado la victoria, redoblaron su ardor, hicieron contra la capitana turca un fuego infernal que mató á Ali, la abordaron, arrancaron de ella la media luna, y mandando entonces D. Juan cantar *victoria*, se convirtió el combate en una carnicería horrible, en que los estúpidos musulmanes se dejaban degollar sin defenderse. Doria, que mandaba el ala derecha, se largó con todas sus galeras, pretestando que no tenia bastantes navíos para oponer iguales fuerzas á Ochiali, que mandaba la izquierda de los turcos; aunque no falta quien dice, que en esto se propuso conservar los navíos con que servia al Rey de España. Se puso Ochiali á darle caza; pero fundándose su audacia en la falsa idea que habia formado del temor de su enemigo, y habiéndose manifestado éste dispuesto á volver al combate con el marqués de Santa Cruz, huyó el musulman á toda prisa, con treinta galeras á lo sumo. Los demás navíos cayeron en poder de los cristianos, ó fueron echados á pique.

Padecieron los turcos una pérdida inmensa en esta batalla, que fue para ellos la mas funesta desde el establecimiento de su imperio. Les mataron los vencedores treinta y dos mil hombres, hicieron tres mil y quinientos prisioneros, y entre ellos veinticinco oficiales de la mayor graduacion; pusieron en

libertad á quince mil esclavos cristianos, cogieron de ciento y treinta á ciento y cincuenta galeras y otras embarcaciones, quemaron y echaron á pique ó destruyeron las demás, á escepcion de cuarenta á cincuenta velas que pudieron libertar Ochiali y el bey de Argel, el cual tuvo la felicidad de escapar atravesando por en medio de la armada cristiana. Es imposible valuar el botin que se encontró en una esquadra innumerable cargada con los despojos de una infinidad de navíos, y aun de ciudades que acababa de saquear. Los cristianos perdieron ocho mil hombres, gran parte de ellos venecianos, entre los cuales habia muchos oficiales de graduacion. Pero mirando el senado una muerte tan gloriosa como digna de envidia, mas bien que de sentimiento y pesar, mandó que nadie se vistiese de luto ni diese ninguna señal de tristeza. La jornada de Lepanto, á 7 de Octubre de 1571, fue para aquella república generosa un dia de fiesta y de regocijo público, y dispusieron los senadores que se solemnizase perpétuamente. El santo Papa Pio V, á cuyas oraciones se atribuyó la principal parte de este triunfo, estableció en toda la Iglesia una fiesta en honor de la Virgen, con el título de *nuestra Señora de la Victoria*, y añadió á la letanía estas palabras; *ausilio de los cristianos, ruega por nosotros*. Dos años despues estableció tambien Gregorio XIII, en memoria de la victoria de Lepanto, ó por mejor decir, restableció la fiesta del rosario, instituida cien años antes, y la fijó en el domingo primero de Octubre. Protestaba Pio V que esta victoria

se debia atribuir á la intercesion de la Madre de Dios, y parece que en este punto tuvo unos conocimientos mas que naturales, pues aseguran los historiadores de su vida, que en el dia de la batalla y en la noche anterior redobló el fervor de sus oraciones, y mandó que se hiciese lo mismo en toda la ciudad; que hallándose reunido el consistorio durante el combate, se levantó de improviso, abrió una ventana, y estuvo en ella algun tiempo, clavados los ojos en el cielo, y que despues cerró la ventana, y les dijo: „Ya no se trata de otra cosa que de dar gracias á Dios por la victoria que acaba de conceder á su pueblo (1).”

Sin embargo, no supieron los vencedores aprovecharse de su triunfo, porque en vez de dirigirse á Constantinopla, que probablemente hubiera caido en sus manos con la mayor facilidad, segun el estado de inquietud y consternacion en que se hallaba aquella capital, se fue D. Juan de Austria á pasar el invierno á Palermo, y Colonna tomó el camino de Roma. Venieri, que habia sucedido á Barbarigo en el mando de los venecianos y se veía solo á la frente de la armada, no dejó de perseguir á los turcos, y aun tomó el rumbo hácia la capital de su imperio; pero su lentitud é irresolucion le privaron del triunfo que podia prometerse de sus esfuerzos. Lo que no admite duda es, que si por lo menos se hubiera internado hácia el archipiélago, habrian sacudido inmediatamente todos los griegos el yugo de los infieles. Ya

(1) *Gabut. l. 3. Chacon, p. 998.*

estaban tan sobresaltados los habitantes de Constantinopla como si se hallase el vencedor á sus puertas. La mayor parte de los turcos entregaban sus tesoros á los cristianos para que se los guardasen, y les suplicaban que les permitiesen el egercicio del mahometismo mediante un tributo, cuando fuesen dueños de la ciudad y del imperio. Selím, que estaba en Andrinópolis, volvió prontamente para impedir el desorden, y viendo que no llegaban los vencedores, restableció en tal disposicion el sosiego y tranquilidad pública, que habiéndose presentado un oficial veneciano para proponer el cange de prisioneros, le habló el gran visir en estos términos: „tú vienes sin duda á saber como sufrimos los revéses de la fortuna. Oye, pues, nuestro modo de pensar. Quitándoos el reino de Chipre, os hemos cortado un brazo, que no volverá á retoñar; pero cuando vosotros habeis destrozado nuestra escuadra, no habeis hecho mas que afeitarnos, y nuestra barba crecerá muy en breve con mas fuerza que antes.”

49. Mientras Selím tenia consternada á toda la cristiandad, antes de experimentar esta desgracia, levantaron cabeza los moros de España, á quienes hemos visto casi destruidos durante el reinado de Fernando el Católico; se rebelaron y permanecieron en estado de rebelion por espacio de tres años, con tan grandes desórdenes y escesos, que dieron á entender cuán peligroso es aun para los estados mas florecientes vivir con seguridad en medio de unas sectas sediciosas, y fiarse tanto en su fidelidad como

en sus pocas fuerzas. Estos enemigos irreconciliables de la Religion y del imperio castellano, con pretexto de la demasiada severidad de sus gefes, se reunieron en los desfiladeros de las montañas del reino de Granada, y eligieron por Rey á un jóven de su nacion, llamado Fernando de Valor, el mas distinguido entre todos ellos por su bizarría, por sus riquezas y por su nacimiento (1). Hecho esto, bajaron armados á la campiña, donde cometieron, como si fuesen á porfia, unas impiedades y crueldades espantosas. En este enorme latrocinio apenas merecen atencion las iglesias profanadas, y los sacerdotes atormentados con los suplicios ordinarios. Comunidades enteras de religiosos fueron precipitadas en calderas de aceite hirviendo, y un gran número de sacerdotes enterrados vivos hasta la cintura, y puestos luego por blanco á los ballesteros, ó abandonados á una muerte tanto mas cruel, quanto era mas lenta. Para burlarse de Jesucristo crucificado y añadir así el sacrilegio á la barbarie, crucificaron á muchas personas; y la mayor parte de estos mártires mostraron tanta constancia en sus tormentos, que por último se vieron obligados á admirarlos sus mismos verdugos. El Rey moro fue el primero que se horrorizó de estas atrocidades, y espidió un edicto para tratar de contenerlos; pero aunque solo prohibió que se atormentase á las mugeres y á los niños que no llegasen á diez años, fue muy mal obedecido. El Rey Católico envió sus tropas veteranas y sus mejores generales

(1) *Thou*, l. 48. *init.*

para hacer la guerra á los rebeldes: llegaron muchas veces á las manos: experimentaron grandes pérdidas por una y otra parte: se vió precisado el gobierno español á recurrir á las quintas: se cansó de esta guerra mas de una vez Felipe II, é intentó hacer la paz, pero siempre en vano. Por último, el egército de Castilla mandado por el duque de Arcos, consiguió una victoria completa; y los pocos infieles que lograron evitar la muerte, se vieron obligados á disiparse sin poder hacer ninguna otra tentativa (\*).

50. Pio V redobló su fervor y todas sus buenas obras, despues de la victoria insigne que habia alcanzado del cielo (1). Visitaba frecuentemente los hospitales,

(\*) No obstante las derrotas que padecieron los moros de Granada, y la dispersion á que los redujo D. Juan de Austria, volvieron otra vez, auxiliados de los africanos, á rehacerse, particularmente en la montaña de Arbota. Envió entonces Felipe II al duque de Arcos, D. Luis Ponce de Leon, autorizándole con amplos poderes para tratar con los caudillos de los rebeldes; y estaban ya convenidos los artículos de la paz, cuando por la tardanza del Rey en ratificarlos, se encendió de nuevo la guerra. Mucho hizo el duque para ganar su confianza y ponerlos en paz; pero fue mas poderosa la elocuencia y el furor del morisco Melico, que de tal manera supo alarmar á los suyos, que todos á una voz llegaron á clamar, que mas querian morir con las armas en la mano, que sujetarse á las condiciones de la paz. Vióse, pues, obligado el duque á acudir tambien á las armas, acometió á los rebeldes, venciólos una y otra vez con la ayuda de Suaco y de Pedro de Mendoza, y puso fin á la guerra al cabo de dos años con la muerte de Melico. Durante el tiempo de la rebellion de los moros, padecieron el martirio innumerables españoles de toda clase, edad y sexo: véase el tomo 14 de Ferreras.

(1) *Duchesne*, *vid. de los Papas*, p. 430. y *sig.*—*Chacon*, t. 3. p. 104.—*Gabut. Vit. Pii V.*